

CAPÍTULO IX

Décimoquinto virey D. Rodrigo Pacheco de Osorio, marqués de Cerralvo.— Conducta moderada que observa el visitador Carrillo con los promovedores del tumulto contra el anterior virey.—Manda el rey al arzobispo de Méjico que se presente en la corte.—Se presenta en Acapulco una escuadra holandesa.—Se hacen algunas fortificaciones en los puertos.—Inundacion de la ciudad de Méjico.—Se apodera la escuadra holandesa de ocho millones que iban para España.—Sufre otra horrible inundacion la ciudad: altura á que sube el agua; víctimas que causa.—Se vuelve á tratar de fundar la ciudad en otro sitio.—Valor á que ascendian las casas fabricadas en la capital.—Se continúa la obra del desagüe.—Construccion de la calzada de San Cristóbal.—Buen gobierno del virey.—Pide su relevo.—Décimosexto virey, D. Lope Diaz de Armendariz, marqués de Cadereita.—Acertadas disposiciones que toma.—Suma que se llevaba gastada en las obras para evitar inundaciones.—Hace que se cumplan las ordenanzas sobre minas.—Vigila que los caciques traten bien á sus indios.—Motivo que habia para que una misma ley, respecto de los naturales, se renovase varias veces por los monarcas.—Equivocacion en que han incurrido algunos escritores respecto de esclavitud.—Fundacion de la villa de Cadereita.—Termina el gobierno del marqués de Cadereita y llega á Méjico su sucesor en el mando.

Desde 3 de Noviembre de 1624 hasta Agosto de 1640.

El nuevo virey D. Rodrigo Pacheco Osorio, marqués de Cerralvo, hizo su entrada en Méjico el 3 de Noviem-

bre de 1624. Desde sus primeras providencias dió á conocer los humanitarios sentimientos que albergaba su alma, y la prudencia y capacidad que deben concurrir en un gobernante.

El marqués de Gelves, que habia permanecido en San Francisco hasta los últimos dias de aquel año de 1624, se dirigió á Veracruz, donde se embarcó para dar cuenta de su conducta en la corte de España.

1625. Al empezar el año de 1625, abrió su visita el inquisidor D. Martín Carrillo que, como queda dicho, habia sido enviado por el monarca para hacer averiguaciones con respecto al tumulto y castigar á los que hubiesen hecho cabeza en él. Hombre prudente y moderado, empezó á formar los procesos con actividad, pero con juicio y recomendable templanza. Uniendo á la justicia la equidad, esquivó el rigor de la primera, sin que por esto dejase de cumplir con el deber de recto juez. Llevado de sus nobles sentimientos, creyó que bastaba privar de sus empleos á unas cuantas personas que promovieron el tumulto, y les separó del puesto que ocupaban sin aplicarles otro castigo. Unicamente se vió precisado á aplicar la pena de muerte á unos pocos que se averiguó habian robado los muebles del marqués de Gelves. La conducta moderada del visitador fué aplaudida por la poblacion entera. Terminada á los pocos meses su visita, volvió á España, despues de haberse captado el aprecio del país visitado.

Poco despues de haber partido de Veracruz, recibió el arzobispo D. Juan Perez de la Serna, una cédula del monarca en que le pedia que se presentase en la corte. El

prelado dispuso su marcha, y tres meses despues llegó á la presencia del soberano. Mucho tuvo que sufrir á consecuencia de los poderosos amigos que el marqués de Gelves tenia en la corte; pero al fin, Felipe IV le dió el arzobispado de Zamora. Por lo que hace al virey, con quien el prelado tuvo sus diferencias en la Nueva España, el monarca, aunque aprobó algunos de sus actos, desaprobó otros, manifestándose verdaderamente disgustado de que hubiera dado ocasion á la sublevacion, así por las consecuencias que pudieran resultar, como por haberse debilitado la autoridad de los vireyes.

Entretanto, el marqués de Cerralvo dirigia con acertado tino las riendas del gobierno de la Nueva España, y hacia que se activasen las obras de defensa empezadas en el puerto de Acapulco, para impedir que la escuadra holandesa, con cuya nacion seguia en guerra España, pudiese apoderarse de la plaza. Los monarcas de Castilla no tenian en aquella época ejércitos en sus posesiones de ultramar. Algunas compañías de milicia eran las que, en caso preciso, acudian á donde era preciso, pero sin que su profesion fueran las armas. El sostenimiento de tropas se juzgaba no solo inútil, puesto que el país disfrutaba de completa paz, sino ruinoso para los pueblos que hubieran tenido que contribuir á su sostenimiento. No habia mas temor que la aparicion en las costas de alguna escuadra perteneciente á alguna de las naciones europeas con quienes la España estaba en guerra; escuadra que podia causar daños en los puertos, pero impotente para enviar gente á distancia de seis leguas.

Cuando casi empezaban á construirse los bastiones del

puerto de Acapulco, se presentó en sus aguas, con varios navíos, Spilberg, jefe de la escuadra holandesa. El gobernador, reuniendo las milicias, se dispuso á la defensa; pero el almirante holandés manifestó que no se habia aproximado para hostilizar el país, sino porque necesitaba de víveres y agua. Pidió, en consecuencia, que le permitiesen proveerse de ambas cosas, dando palabra de honor al jefe español del puerto, de continuar su viaje á las Indias orientales, hácia donde se dirigia. Admitida la proposicion, se le proveyó de lo necesario, y cumpliendo su promesa, se alejó amistosamente de la vista de Acapulco.

1626. Al mismo tiempo que el virey, marqués de Cerralvo, procuraba poner los puertos de la Nueva España á salvo de un golpe de mano, ponía tambien todos los medios de librar á Méjico de las inundaciones que le amenazaban. Para conseguir su objeto, hizo nuevas obras en las albarradas que rodeaban la ciudad, agregando algunas otras que dejó indicadas el ingeniero francés Adrian Boot. Nada, sin embargo, se atrevió á emprender en el desagüe de Huehuetoca, cuya obra habia mandado suspender su antecesor, hasta que no se le indicase la necesidad de continuarla.

1627. Por desgracia, pronto se vió lo indispensable que era seguirla. El rio de Cuautitlan, creciendo notablemente en la estacion de las lluvias de 1627, abrió un portillo en el dique que le contenia, y entrando impetuoso en la laguna de Zumpango y de allí en la de San Cristóbal y de Méjico, penetró rápidamente el agua en la ciudad, subiendo á la altura de media vara. El Ayun-

tamiento, en vista de los daños causados por la inundacion, suplicó al marqués de Cerralvo que diese orden para que se continuase la importante obra de Huehuetoca; pero el virey, viendo que algunos combatian la idea de su utilidad, continuó consultando con las personas inteligentes, sin tomar una determinacion decisiva.

1628. A las pérdidas que el comercio de Méjico sufrió por la inundacion, se agregó otra algo mas sensible que afectaba no menos á los comerciantes de la Nueva España que á los de la Península. Habia salido de Veracruz una flota con ocho millones, pertenecientes una tercera parte á la corona y las otras dos al comercio de España. El almirante holandés Pedro Hein, que tenia noticias de que se disponia el envío de una crecida suma de dinero, se apostó con una fuerte escuadra en el canal de Bahama, para caer sobre los barcos que conducian el tesoro y apoderarse de él. La flota española, al entrar en el canal, descubrió á la armada enemiga, y aunque inferior en número, se preparó al combate. La escuadra holandesa, preparada de antemano, descargó sus cañones sobre los buques españoles, que contestaron inmediatamente con un fuego nutrido. La lucha se hizo general y por mucho tiempo estuvo indecisa la victoria. Pero los barcos españoles iban con mucha carga, y esto impedia que pudieran moverse con la rapidez que era preciso. Despues de un combate tenaz, en que varios de los barcos de la flota se vieron despedazados, los holandeses lograron alcanzar el triunfo y hacerse dueños de la respetable suma.

La noticia de este triste suceso causó profunda pena

en el comercio de Méjico y de la metrópoli, que estaban íntimamente enlazados.

1629. Rara vez las calamidades van separadas. Generalmente se suceden unas á otras como si temiesen ser vencidas, y caen sobre la triste humanidad sin darle tiempo á volver de la sorpresa que le causaron las primeras. Aun estaba fresca en Méjico la memoria de la última inundacion y de la desgracia de la flota, cuando rompiendo el rio de Cuautitlan su dique, volvió á precipitarse sobre las lagunas de Zumpango y San Cristóbal, y corriendo ambas sobre la de Méjico con impetuosa furia, se extendieron las aguas por la ciudad el 20 de Setiembre, elevándose á la altura de dos varas. La consternacion se apoderó de los habitantes; las familias pobres, que habitaban los cuartos bajos, salian huyendo, abandonando lo poco que tenian en sus viviendas para no perecer ahogados; los comerciantes veian inundados sus almacenes donde tenian sus costosos géneros, y los balcones se encontraban llenos de personas afligidas que no pudiendo salir de los edificios, solicitaban á gritos canoas para abandonar la ciudad. La afliccion crecia á cada instante que pasaba, pues los aguaceros continuaban con mas fuerza, amenazando destruir por completo la poblacion y acabar con sus habitantes. Todo era desolacion y espanto. Por donde quiera que se dirigia la vista, no se acertaba á ver mas que despedazados muebles flotando sobre el agua, niños, hombres y mujeres ahogados, y canoas que cruzaban por todas partes para salvar á los que aun luchaban con las ondas. Treinta mil indios perecieron en esa terrible catástrofe; unos bajo las ruinas de sus miserables

casas, y ahogados la mayor parte (1). Numerosas fueron tambien las víctimas que causó en las familias españolas. La ciudad quedó convertida en un inmenso lago. Nadie podia salir de su casa sino en canoa: cesaron los tribunales; la ciudad se proveia de los víveres que conducian en sus ligeras chalupas los indios de las poblaciones inmediatas; se interrumpió el servicio divino, y el arzobispo, conociendo el sentimiento religioso que animaba á la poblacion entera, proveyó que se celebraran las misas en las azoteas y balcones. Numerosas fueron las familias que temiendo nuevas desgracias, emigraron de la ciudad, marchando á radicarse en Puebla y otros puntos.

El virey, la Audiencia y el Ayuntamiento, tuvieron varias juntas en que se trató de lo conveniente que seria fundar la ciudad en sitio mas alto, fuera del alcance de la laguna y libre de todo peligro. Este pensamiento estaba de acuerdo con el que habia manifestado ya el monarca; pero siendo el punto de difícil resolucion por haberse creado grandes intereses en la inundada capital, se dejó pendiente el asunto para tratarlo mas detenidamente en momentos menos afflictivos. Lo que por entonces juzgaron indispensable y verdaderamente urgente fué romper algunos diques para dar curso á las aguas. El día primero del mes de Noviembre, despues de cuarenta y un dias de inundacion y de penas, terminaron las lluvias y empezaron á bajar las aguas, causando una indescriptible alegría en la poblacion. En los mismos instantes, se

(1) Así consta de la carta que el arzobispo D. Francisco Manso de Zúñiga, escribió con fecha 16 de Octubre de aquel año, al monarca Felipe IV.

tuvo en presencia del virey una junta general, donde se trató detenidamente de la obra del desagüe. En ella se dispuso que la Audiencia y el Ayuntamiento, acompañados de los mas notables ingenieros, fueran á Huehuetoca, con el fin de que se hiciese un cálculo respecto del tiempo en que podria quedar terminada la obra. El 6 de Diciembre del mismo año, se tuvo otra junta tambien general, en que se determinó que se aprontaran los doscientos mil duros en que el ingeniero mayor Martinez habia presupuestado la obra. Los pocos dias que faltaban para terminar el año, se pasaron en reunir la suma referida.

Por una real cédula recibida en aquellos dias, dispuso el monarca que el término del gobierno de cada virey fuese de tres años en vez de seis, que era el que hasta entonces habia tenido.

1630. Tras de los males ocasionados por la inundacion se presentó una terrible epidemia que causó numerosas víctimas entre los indios y la clase pobre de la poblacion mixta. La epidemia provino de haber habitado por largo tiempo lugares húmedos, y de haberse alimentado de semillas casi corrompidas por el agua. Para evitar que continuasen los estragos de la enfermedad, el arzobispo acudió á proporcionar á los enfermos y á los individuos mas menesterosos los recursos de que podia disponer para lograr su caritativo deseo. Repartió entre los pobres abundantes limosnas, y formó siete hospitales en que se curaba y atendia con paternal esmero á los desgraciados faltos de salud.

Mientras el filántropo arzobispo se cuidaba en aliviar los males de la clase infeliz, el Ayuntamiento se esfor-

zaba por que se diese principio á la obra del desagüe. Llevado de ese noble pensamiento, logró reunir la cantidad de doscientos ochenta mil duros, y sin perder instante hizo la escritura con el ingeniero Martinez para que se emprendiesen los trabajos. Por ella quedó obligado el expresado Martinez á terminar la obra en el espacio de veintiun meses, con la condicion de que cada dia se le habian de dar trescientos indios. Inmediatamente se dió principio á la obra; pero el virey, por consejo de los principales ingenieros, quiso que la obra se extendiera hasta las bocas de San Lorenzo, y para ello libró mandamiento el 12 de Octubre.

1631. La noticia de la última inundacion, que causó millares de víctimas y terribles daños al comercio, afectó profundamente al monarca Felipe IV. Con el fin de que no se repitiesen nuevas escenas de desolacion por causa de las inundaciones, y considerando que eran inútiles los enormes gastos que se habian hecho y se hicieran en la obra del desagüe, envió cédula, fechada el 19 de Mayo del año anterior, para que la ciudad se fundase en sitio de mas elevacion, y señalaba, por los informes que tenia, como el mas á propósito, el llano situado entre Tacubaya y Tacuba, en la granja denominada *Sanctorum*. Sin embargo, no pretendiendo el monarca que se hiciese nada sin aprobacion de los vecinos, ordenó que el asunto se ventilara en presencia de todos los gremios. La disposicion del soberano se publicó al siguiente dia de haberse recibido la cédula, y se citó á una junta general, donde los diputados expusieron libremente su parecer. Tomó la palabra, para manifestar la necesidad de cambiar

de sitio la ciudad, el contador Cristóbal Molina. Pintó con elocuentes palabras, el estado de constante peligro en que se hallaba la capital, cabeza de un país floreciente y rico; refirió con expresivo acento las desgracias sufridas por la inundacion, manifestando que «treinta mil naturales habian perecido, y que de veinte mil familias de españoles que habitaban en su recinto, apenas quedaban en la ciudad cuatrocientas, pues las que no habian perecido, habian emigrado á otras poblaciones». El orador terminó, manifestando las ventajas que á los habitantes de la capital les resultaria de fundarla en el sitio indicado por el monarca. La idea fué combatida por uno de los capitulares, cuya opinion era que se hiciesen las obras necesarias de desagüe para quitar todo peligro, pues admitir lo primero, equivalía á dejar perdidos considerables intereses y reducir á la pobreza á millares de propietarios, cuyas familias no tenian otros bienes que fincas, en cuya fabricacion habian gastado todo su dinero.

Divididos los pareceres, se echó el cálculo de que lo fabricado en la ciudad ascendia á mas de cincuenta millones de duros; y pulsadas las dificultades de fundar una nueva capital, abandonando aquella en que todo se hallaba establecido y ordenado, se desechó al fin la idea, estando la mayoría porque se continuase como hasta allí.

1632. Entretanto, la obra del desagüe de Huehuetoca se habia continuado con empeño, y se vió terminada en 1632. Los habitantes de la capital se dieron el parabien por aquel feliz acontecimiento, que les hacia esperar excelentes resultados. Sin embargo, poco duró la dulce satisfaccion, pues cuando todos abrigaban la agra-

dable creencia de que las aguas del rio de Cuautitlan y vertientes de las lagunas inmediatas embocarian en el canal practicado, se vió que no contaba con la suficiente anchura que era indispensable para evitar el peligro. El Ayuntamiento, al ver el mal resultado de la costosa empresa, reprendió severamente al ingeniero Martinez. La reprension, unida al pesar que le causó el desacierto cometido, le afectaron hasta el grado de costarle la vida.

1633. Al siguiente año de 1633, se restauró la calzada de San Cristóbal y se le pusieron las compuertas, de la manera misma que se ven actualmente.

1634. Al mismo tiempo que se trabajaba por poner á la ciudad de Méjico libre del peligro de las inundaciones, el virey, marqués de Cerralvo, mandó construir en la provincia de Nuevo Leon, á treinta y cinco leguas de Monterey, un fuerte que aun conserva su nombre. Tiempo hacia que la prevision de los vireyes se habia fijado en la frontera. Desde 1613 le habian propuesto al marqués de Guadalcázar los capitanes José Treviño y Bernabé Casas, sus personas y caudales para emprender la conquista de las provincias del Norte, para arrojar de la Florida á los ingleses que se habian establecido en ella; pero el virey, aunque lo deseaba, no se atrevió á aceptar la proposicion, sin orden del soberano, á quien dió aviso. La guarnicion que colocó en la fortaleza, se componia de doce soldados bien armados y provistos de abundantes municiones.

En todo se manifestaba el marqués de Cerralvo acertado y activo. Cumpliendo gustoso con las instrucciones que habia recibido del monarca, envió á los marinos mas